



Carmen Panadero

El collar de Aljófara

El califato de Córdoba agonizaba. Sãriq, princesa omeya e hija póstuma de uno de los últimos califas de al-Ándalus, nos refiere la historia de su vida en tan procelosos tiempos, sus amores con un príncipe de etnia asimilada a la beréber y, por tanto, acérrimamente enemiga de los omeyas. Hermosa historia de amor aderezada con intrigas, peligros, sonadas traiciones y desesperadas fugas. A través de su pluma, conoceremos, así mismo, los míticos amores de su prima, la princesa Wallãda, y del poeta y visir ben Zaydún, el fastuoso reinado de al-Mutamid de Sevilla, la trágica pasión entre la esclava y el eunuco, el porfiado acecho del inteligente y astuto rey castellanoleonés Alfonso VI, todo ello encuadrado en la plena descomposición de al-Ándalus y su división en múltiples reinos taifas. Esta novela histórica, equilibrada síntesis de apasionante ficción y fiel contexto histórico, logra hacernos cercano y asimilable el convulso siglo XI español y cautivará a los amantes de la genuina novela histórica.

*A mi hija, Carmen Alemany, le dedico
este testimonio de mi amor a Córdoba.*

PRIMERA PARTE

El silencio del abogador y la cítara^[1]



En el nombre de Alá, el muy Alto, Clemente y Misericordioso.

Vieron mis ojos la luz primera en el *harem* real del Alcázar de Córdoba, durante una alborada lóbrega y desapacible, cuando en nuestro entorno cundían la desolación y el quebranto. Fui recibida por las amargas lágrimas de mi madre, atendida por una sola y triste esclava, en un serrallo desprovisto y arruinado que no mucho tiempo atrás había sido un edén de lujo y mieles, modelo de suntuosidad que envidiaron incluso las cortes del Oriente.

Era el día dos de *Ša`ban* del año 401 de la Hégira^[2]. Nací hija póstuma del califa Muhammad ben Àbd al-Ûabbâr al-Mahdi, que unos meses antes había muerto a manos del influyente partido de los eslavos, pero, sobre todo, víctima de su gran ceguera y de sus muchos y graves errores, Alá se apiade de él. Cuatro meses antes de mi nacimiento, los temibles beréberes habían saqueado Medina al-Zahãra y puesto a la capital del Califato bajo férreo y despiadado cerco.

No acaeció en Córdoba un lento declinar como el que otras ciudades y otros imperios vivieron. No. Mi ciudad natal salió del mayor esplendor para, al punto, darse de bruces con el caos y la calamidad; como si Alá, que tanto la distinguió, le hubiese vuelto la espalda en el instante en que más la amaba. Fue un ataque de demencia colectiva en el que se vieron inmersos así los poderosos como el bajo vulgo y que en breve plazo condujo a la gran urbe hacia su perdición. Y, enlazados sus destinos, parejo ca-

mino al de Córdoba siguió al-Ándalus, bello collar de aljófár que se desgrana tras la caída de la gran perla.

Durante largas horas ocultó mi madre, Tamãm, mi inoportuna llegada al mundo, tratando de pasar inadvertida, pues, no solo la ciudad sufría cruel asedio por parte del adversario berberisco, también mi madre se hallaba sola y rodeada de enemigos en el inmenso Alcázar, ya que eran los asesinos de mi padre quienes disfrutaban del poder. ¿He dicho disfrutaban? Nada de goce había en el hecho de gobernar en aquellos duros tiempos en que Alá pareció olvidarnos; nada de goce y sí mucho de expiación.

Themina, pese a su extrema juventud nuestra más avezada y solícita esclava, la sacó de su ausencia, haciéndole encarar la dura y descarnada realidad:

–Mi señora, tiempo es ya de procurar alzarse sobre la adversidad. Si no por ti, al menos por esta criatura.

–La muerte sería más llevadera que la miseria y la soledad en que nos encontramos –se lamentó mi madre por toda respuesta, aludiendo al abandono en que tenían los nuevos gobernantes al *harem* de los anteriores califas.

La melancolía nublabla su semblante que, siempre y de su natural, irradiaba mansedumbre. La esclava había trenzado sus guedejas de seda leonada para que la estadía en el lecho no las enredara. El recuerdo que guardo de Tamãm, mi madre, desde mi primer uso de razón, era el de unos ojos grises, inmensos, fulgurantes como luciérnagas sobre una faz de blancura sin mácula ni imperfección alguna; una boca hermosa, pero un punto inexpresiva, un óvalo del rostro que bien lo hubieran podido dibujar los mismos ángeles del Séptimo Cielo, como así el arco de sus cejas y el párpado superior de dulce torneado, azuleando en el extremo de las sienes. Sus manos, de dedos largos y alabastrinos, mostraban tal delicadeza que yo temía que se fueran a quebrar tan solo de acariciarme. Sí; la belleza de Tamãm producía sensación de irrealidad, pero toda

ella hallábase imbuida de un ademán de tristeza y lasitud que le procuraba un cierto aire desvalido.

Ante el débil quejido de la recién nacida, Themina volvió a insistir, al tiempo que con un gesto de su mentón señalaba los indicios de leche en la túnica de Tamãm:

—Alá, ensalzado sea, cuida de nosotros, ya que al menos tienes leche. Tendrás que alimentar a tu hija; no hay otro remedio.

Sayyid, el buen eunuco que silencioso y solícito no se apartaba de ellas un instante, miró escandalizado a Themina. ¿Cuándo se había visto a una sultana amamantando? ¡Para eso habían estado siempre las amas de cría!

—¡No me mires así, alma de cántaro, que bien sé lo que me digo! —exclamó la esclava con resolución—. Los tiempos de las nodrizas quedaron atrás, junto a aquellos dulces días de placidez y opulencia. ¿Acaso no has reparado en que nos tienen asediados? Aún se logra encontrar provisiones y mercaderías en los zocos, pero este cerco tiene visos de que se va a alargar mucho y, si así fuere —¡ojalá me equivocara en esto!—, podemos vernos privados hasta de lo más necesario. Por ello hemos de alegrarnos de que la Gran Señora tenga leche, porque, de este modo, al menos de la niña no habremos de preocuparnos.

Era Themina una esclava de origen cristiano que mi padre había comprado a un judío, experto tratante en el mercado de esclavos de Lucena, el mejor provisto de todo al-Ándalus. Cuando la adquirió, ella contaba poco más de catorce años de su edad y, aunque ahora no alcanzara aún los veinte, habíase convertido en este tiempo en una mujer eficaz y resuelta, que igual solucionaba asistiendo en un parto que amortajando un cadáver. Usualmente mostrábase vivaracha, ocurrente y refranera. Sin ser bella, sus rasgos eran regulares y armoniosos; sus ojos, oscuros y muy redondos, dejaban traslucir tras su cálida y franca mirada una somera chispa de ironía, y la dulzura de su gesto

venía a desmentir la autoridad y osadía que pretendía dar a su voz.

Recogía su negro, largo y espeso cabello en el interior de una red tan negra como él, rematada por cofia de volante, que despejaba su tersa frente. La nariz era breve y respingona, la boca pequeña y reidora; mordía con frecuencia su labio inferior, como queriendo hacer ver que a duras penas podía contenerse, que siempre tenía algo que reprimir, ella, que rara vez callaba o reprimía algo. Su figura menuda, pura fibra y nervio, a todo atendía y todo lo abarcaba sin reposo. Llegaría a presidir mi infancia sin tregua ni desmayo.

Como el eunuco la mirara sin salir de su pasmo, prosiguió Themina:

—Y ahora debes salir por calles y zocos. Lleva contigo un carrito de los que hay en las ruzafas reales para usos de jardinería y trae cuantos víveres y existencias logres acaparar. Para ventura nuestra aún sirve la moneda. Abastécete, además, de semillas y plantas de hortalizas, a fin de que podamos sembrar. ¡Ah!, y no olvides los avíos que son menester para una recién nacida.

El infeliz Sayyid la miraba como si le estuviera hablando en rara e ignota lengua.

—¿Avíos de recién nacida? ¿Qué son? —indagó él con extrañeza.

La esclava lo miró con los brazos en jarras y, al punto, se encrespó haciendo intención de tomar su manto:

—¿He de ser siempre yo quien procure remedio? Iré, pues. En verdad que nadie te rasca la espalda como tus propias uñas. Pero, entonces, tú habrás de ocuparte en aleccionar a Tamãm sobre cómo se pone a una niña al pecho y se la amamanta.

El eunuco, atónito, recapacitó y al instante determinó hacerse cargo de la primera encomienda y salir a agenciar lo que encontrar pudiera.

Ya se disponía a partir cuando le habló Themina al oído:

—Aprovecha el mandado para averiguar qué nuevas corren por ahí, porque aquí no conocemos más que lo que los nuevos mandamases quieren que conozcamos, Alá los maldiga. Despabila bien ojos y oídos. ¡Que no se te escape ni una hilacha!

Sayyid, el eunuco, descendiente de coptos egipcios, había ya cumplido entonces sus veintiocho años; era alto y fuerte, de piel morena con cierto lustre cetrino, cabello negro, corto y ensortijado, mirada firme y atrayente, boca de marcado dibujo en la que a veces se insinuaba un breve y casi imperceptible gesto de arrogancia. Como su castración se llevara a cabo pasada la pubertad, no mostraba voz, figura ni ademanes afeminados, antes bien, lucía porte muy viril, y quien ignorara su tacha podía tomarlo por hombre cabal. De hecho, mujeres había en el serrallo que ante él se tapaban, por si acaso. Pero no; Sayyid, a sus catorce años bien cumplidos, fue sometido en el puerto de Pechina a una operación de emasculación total. Pese a ello, no devino en persona resentida, como con frecuencia acaece en estos casos, sino que pareció asumir con realismo su situación, aunque tal vez no pudiera alcanzar a hablarse de conformidad. Por lo demás, solo Alá altísimo conoce los entresijos de las almas.

Córdoba era por estos días un hervidero de rumores, bulos, espías, enredos e intrigas. Desde que hacía algo más de año y medio estallaran las primeras revueltas, las vidas de los cordobeses habíanse visto sumidas en atroz desconcierto. Los acaecimientos que originaron el naufragio de nuestro mundo se sucedieron así:

Los altos mandos militares beréberes y eslavos habían cobrado enorme influencia, encumbrados por el tirano Almanzor. Pero el pueblo los aborrecía, sobre todo a los berberiscos, porque sometían a la población a toda clase de atropellos y vejaciones.

Por otra parte, hubiera sido menester que el califa que regía los destinos de al-Ándalus en tan procelosos días fuera capaz de mantener el timón con mano firme y serena; nada más lejos de la realidad. Hixem II, hijo de Alhagem II y nieto de Abd al-Rahmã III, nada en común tenía con sus insignes predecesores. Como heredara el trono siendo un niño, vino a ser como cera blanda en manos de su ambicioso *hayîb*.

Almanzor lo modeló para lograr así que no entorpeciera sus planes: apartó al califa de los negocios de gobierno y lo mantuvo ignorante de cuanto acaeciera, lo redujo a la incapacidad, lo distrajo con sus obsesiones religiosas y lo embruteció con una vida anegada en placeres. Cuesta entender cómo nadie impidió la concienzuda destrucción del califa. Alá debía de tenerlo escrito así en sus eternos decretos, y es que los destinos divinos corren sin sujetarse a medida alguna y, cuando Alá quiere que suceda una cosa, prepara sus causas.

Muerto el dictador, dos de sus hijos fueron sucesivamente sus herederos en el cargo. Pero fue el menor de ellos, Abd al-Rahmã ben Almanzor, llamado Sanchuelo por ser nieto en línea materna del rey Sancho II de Navarra, el que con sus errores causaría el cataclismo político que iba a acarrear el fin de nuestro mundo y la ruina de al-Ándalus.

De vida disoluta, vanidoso, mediocre y bebedor, compartía con Hixem II su inclinación por la molicie y su plantel de vicios; llegaron en su depravación hasta a unir sus harenes e intercambiar sus mujeres. El compartir sus vidas libertinas y ser portadores ambos de sangre de reyes navarros fue lo que llevó a Sanchuelo a acariciar un temerario afán: ser nombrado por el califa su sucesor, desoyendo el consejo que Almanzor les dejó en su testamento, por el que advertía a sus hijos que lograrían retener el poder siempre y cuando observaran con escrupuloso respeto la apariencia de legalidad monárquica.

Pero aquella calamidad de califa era tan moldeable que se avino a los deseos de su ambicioso *hayīb* y, sin más consejo, aventurose en satisfacer los afanes de Sanchuelo. Sin embargo, ninguno de nuestros dos «grandes hombres» se percataba de las fuerzas que desataban con tan atolondrada resolución.

Aquella desatinada designación suscitó viva cólera en casi todos los estamentos sociales, como no podía ser de otro modo, comenzando por la muy numerosa familia real Omeya, a la que se despojaba de sus derechos dinásticos, y acabando por el pueblo llano, que siempre se había mostrado tan fiel al principio de legitimidad, ... sin olvidar a los alfaquíes y otros religiosos que tanto despreciaban al impío visir.

Iba a ser mi padre, Muhammad ben Abd al-Yabbar, quien acaudillara la rebelión que estallaría contra Sanchuelo y Hixem II. Era mi progenitor, Alá lo haya perdonado, príncipe omeya y bisnieto de Abd al-Rahmán III, que, al igual que otros Príncipes de la Sangre, se hallaba hastiado de los mandatos y las humillaciones a que los amiríes los habían sometido durante décadas, airado por haber tenido que inclinarse ante el advenedizo Almanzor y sus cachorros, y ansiando vengar la muerte de su padre, mi abuelo, decapitado por uno de ellos.

Después de aquel cruel desmán habíase recluso mi padre con sus mujeres e hijos en la Munya al-Kasira, su huerta de recreo cercana a Córdoba y junto al río, procurando pasar inadvertido para los poderosos y mantenerse alejado de los negocios de gobierno que tantos sinsabores suelen acarrear.

Mas, aprovechando la ausencia de Sanchuelo –en campaña militar– e instado por nobles y religiosos, aceptó encabezar la conjura que se preparaba contra el odiado visir. El Alcázar fue asaltado, sin que los miembros de la guar-

día real lo protegiesen ni atendiesen más que a su propio peligro. La plebe aulló de entusiasmo y al instante corrió por calles y plazas al grito de: –¡¡A las armas!!

El califa Hixem II, despavorido, buscó refugio en los aposentos más protegidos de su *harem* y, advirtiendo que nadie venía en su defensa y que las turbas enfurecidas corrían ya por sus jardines, envió con un eunuco un mensaje a su sobrino Muhammad, por el que le decía:

–Si respetas mi vida, abdicaré en tu favor.

–¡Por amor a Alá! Pero ¿qué oigo? –exclamó mi padre, escandalizado–. ¿Acaso cree el califa que me he alzado en armas para matarlo? ¡Solo las he tomado al ver con dolor que pretendía arrancar el trono a nuestra familia! Mi designio no es otro que gobernar junto al califa hasta ver a Sanchuelo vencido y restablecido el orden.

Pero, como ni en el gobierno ni en el amor quieren los hombres compañero, consideró fugazmente la dádiva y fineza que Hixem quería hacerle, y presto se percató de sus ventajas.

–Aunque, bien mirado –comenzó a retractarse–, es sensato lo que propone, y pues es su voluntad cederme la corona, la recibo muy reconocido y podrá pedirme lo que le plazca.

Hicieron venir a alfaquíes, ulemas, nobles y notables, y redactada un acta de abdicación, fue firmada por Hixem II ante todos ellos.

Las masas enloquecieron y, atropelladamente, se dirigieron contra la ciudad palaciega de Sanchuelo, al-Zahíra. Al punto, sus defensores abandonaron a su suerte al hasta entonces corazón del poder amirí, momentos antes de que los cordobeses entraran a saco en él.

A la mañana siguiente era entronizado y jurado Muhammad ben Abd al-Yabbar, eligiendo para sí el *laqab* o sobrenombre de al-Mahdi Bi-llah, «el Bien Guiado por Alá»; a partir de ese día, mi padre, pese a ser Muhammad II, solo sería conocido por al-Mahdi, y por primera vez se dejó

oír su nombre en los azalás de las mezquitas. Era tal la exaltación que en esos momentos se vivía en Córdoba que todos sus moradores manifestaban hallarse resueltos a verter hasta la última gota de su sangre por al-Mahdi, por la dinastía legítima y contra el impío usurpador del trono, el despreciable Sanchuelo.

Convertido así mi padre de la noche a la mañana en Príncipe de los Creyentes, no echó al olvido el buen hábito omeya de proteger el *harem* que fue de sus antecesores, y mandó traer luego a sus esposas, concubinas y esclavas de lecho desde la Munya al-Kasira hasta el gineceo real. Con ellas venía mi madre, Tamãm, que era considerada por este tiempo su favorita. Cuenta mi fiel esclava Themina que ella declaró entonces:

—En nada me complacen estos acaecimientos, que nunca tuve ambiciones de sultana ni me agrada mudanza de tal alcance; mi vida ha sido venturosa en la *al-munya* y, al llegar al Alcázar, en mi alma he advertido como un barrunto de desgracia.

Cuatro días duró el saqueo del palacio amirí y, cuando ya nada quedaba que poder llevarse, la plebe lo incendió; las llamas iluminaron la noche cordobesa, asombrando a los moradores de la ciudad que desde las azoteas, el puente y el arrecife Suhbullãr podían admirar la inmensa hoguera reflejada en las aguas del Wadi al-Qabir^[3].

El primer viernes, en las mezquitas, el pueblo pudo percatarse de que en las oraciones había desaparecido el nombre de Hixem II. Nada se volvió a saber del anterior califa; el sinventura había sido confinado en una estancia del palacio de un visir leal a mi padre.

Sanchuelo recibió nuevas de estos sucesos en Toledo y determinó regresar con su ejército a Córdoba sin más dilación. Durante el trayecto hacia la capital, fue siendo abandonado poco a poco por sus tropas, manteniéndosele fie-

les únicamente algunos hombres de su guardia. No logró alcanzar con vida los muros de la capital; su cabeza fue segada antes de entrar en la gran urbe. Llegados con su lúgubre carga al Alcázar, se dice que mi padre pisoteó con su caballo los despojos sanguinolentos del desdichado, que ordenó que lo alcanforaran y lo mandó luego empalar en una de las puertas del palacio omeya.

Mucho se alegró el pueblo con esta muerte. Su breve gobierno, de algo más de cuatro meses, fue una continua porfía e inquietud, de gran ruido, vanidad y pompa; pero de ello no dejó al pueblo en herencia sino peligros, perdición, ruina, calamidad y desesperanza, porque todo lo que aconteció a partir de entonces y durante largos años a él se debió. Fue Sanchuelo quien desató el cataclismo que había de sobrevenirnos.

El comienzo del reinado de mi padre vino a ser para todos muy esperanzador. Presto, los beréberes le habían jurado fidelidad; los generales eslavos más influyentes enviaron mensajeros asegurándole su obediencia; el pueblo, que tanto había cooperado en su entronización, vibraba de entusiasmo, y la familia real Omeya no ocultaba su complacencia por la muerte del último usurpador. Todos los partidos con cierto peso en la vida de al-Ándalus habíanse adherido al nuevo califa. Sin embargo, no había transcurrido mucho tiempo cuando se hizo manifiesto lo infundado de aquellas esperanzas.

* * *

Sayyid, el eunuco, había vuelto del zoco con su carrito bien repleto, pero arredrado y presa de gran alarma. Cuando de nuevo entró en nuestros aposentos, le preguntó Themina:

—¿Qué? ¿Has sabido bandearte por esos mundos?

–Aciago tiempo este que nos toca vivir –lamentose él con hondo desaliento–. Escaseaban los alimentos frescos, sobre todo los más básicos, y los precios alcanzan ya cotas desatinadas. El *almotacén* ni siquiera vigila ya los costes de los productos, ¿para qué?, nada se puede hacer para poner remedio. Es tan poco lo que sale a la venta que para muchas mercaderías la moneda ya no vale y las gentes comienzan a servirse del trueque. El férreo asedio a que estamos siendo sometidos pronto llevará al agotamiento de las provisiones.

–¡Alá nos ayude! –clamó la esclava.

–Pero no es esto, con ser preocupante, lo que más sobrecoge –prosiguió Sayyid–, sino el ver los ataques de unos vecinos a otros a plena luz del día para arrebatarnos lo poco o mucho que han logrado adquirir; el desconsuelo de una anciana a la que habían arrojado al suelo a fin de apoderarse de su humilde cesta, en la que llevaba harina, un poco de aceite y cuatro huevos que con gran esfuerzo había conseguido; o el padre de muchos hijos, acuchillado por defender la desvencijada carretilla en que portaba las viandas que había podido acarrear. Yo he logrado mercaderías en verdadera reyerta con gentes que me las disputaban, y hasta ha habido heridos en tan ardua brega.

–Y, entonces, ¿cómo te las has podido arreglar tú solo? –inquirió la esclava.

–Por ventura, antes de salir del Alcázar decidí unir mis fuerzas a las de dos de los eunucos que pertenecen a otras damas. Esto nos ha valido, ya que en varias ocasiones mi carro ha sido pretendido por merodeadores que desistieron ante las afiladas espadas de mis dos compañeros. Habremos de repartirnos lo obtenido, pero es mejor que nada –aclaró Sayyid.

Ya se habían ayudado antes entre ellos, cuando a finales de otoño comenzó el asedio, a sembrar previsoriamente en los jardines del Alcázar las semillas que adquirieron